

*Dos visiones españolas de Inés de Castro,
o los usos contrapuestos de un mismo mito político*

Ángel Rivero Rodríguez

En las páginas que siguen quiero mostrar las funciones básicas de los mitos en política. Para ello recurriré como ejemplo al mito de Inés de Castro, iluminando brevemente cómo se produjo su formulación y cuál era el propósito mitopoiético de la misma. A continuación, y esta es la parte principal de este texto, mostraré la apertura interpretativa de los mitos políticos, y sus límites, detallando dos visiones españolas, contrapuestas, de dicho mito: las de Miguel de Unamuno y Ernesto Giménez Caballero.

I

Se ha definido como mito cualquier creencia *falsa* que tenga importancia simbólica en la vida emocional del creyente; esté basada más en la necesidad de creer, más que en la convicción racional; refiera a narraciones que se aceptan no como historia sino como ilustraciones o parábolas, y que esté dotada de una cualidad *sagrada*. Esta cualidad *sagrada* la puede transferir a relaciones sociales o a instituciones políticas, otorgándoles un aire de legitimidad. De este modo, los mitos se explican por su utilidad funcional, al legitimar determinadas instituciones y, del mismo modo, la mitopoiésis política adquiere su relevancia política como instrumento de legitimación.

Otros han afinado algo más y, correctamente, han señalado que los mitos no son necesariamente historias falsas ni ilusiones sino, y esto es lo importante, que

la cuestión de la verdad es *irrelevante* en el funcionamiento del mito. Así, el mito sería simplemente un instrumento que utilizan los hombres para hacerse cargo de la realidad. De modo que podemos decir que una determinada narración es un mito, no por la cantidad de verdad que contenga sino por el hecho de que es *creído* como verdadero y, sobre todo, por la forma dramática en la que es proyectado. En esta línea, lo que distinguiría a los mitos políticos de otros tipos de mitos es el tema: los mitos políticos se centran en temas de importancia política.

Puesto que, como se ha señalado, los mitos tienen una función práctica, dado que ayudan a los hombres a lidiar con las contingencias de la existencia, es posible que los mitos sean deliberadamente forjados para producir un efecto social específico y deseado. Esto es, aunque los mitos son aprehendidos e interpretados socialmente y esto conduce inevitablemente al pluralismo y a la reinterpretación constante, hay al mismo tiempo productores de mitos que buscan socializar en una creencia específica a sus receptores.

Los mitos políticos se han dividido en dos tipos básicos: los mitos fundacionales y los mitos escatológicos. Los primeros son típicamente conservadores porque buscan legitimar, a través de su narración, un orden existente. Los segundos, por el contrario, apelan o profetizan la completa destrucción del viejo régimen y su sustitución por uno nuevo. Este segundo tipo de mito, el escatológico, ha sido masivamente utilizado por cuantos movimientos revolucionarios en el mundo se han dado. Sin embargo, la defensa del poder escatológico del mito ha sido mucho menos frecuente entre sus utilizadores. Una excepción es la obra de Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*¹, de 1906, en donde la fertilidad del mito político es teorizada. En sus palabras, aquellos que viven en el mundo de los mitos “están seguros frente a las refutaciones” y no pueden ser desanimados. Es, por tanto, el mito el que nos permite entender “la actividad, los sentimientos y las ideas de las masas cuando se preparan para entrar en una lucha decisiva”. No ha de sorprender que Sorel se inspirase en los movimientos políticos de masas del siglo XX para forjar su teoría del mito político y que, estos movimientos, tanto en la izquierda como en la derecha revolucionarias, utilizasen masivamente sus enseñanzas.

La historia de los amores de Inés de Castro y Pedro I de Portugal es, a decir de algunos, el mito más universal de los producidos en Portugal. Como se ha señalado:

¹ G. Sorel, *Reflexiones sobre la violencia* (prefacio de I. Berlin), Madrid 2005.

de entre los mitos detectables a lo largo de la historia portuguesa, aquel que mayor difusión tuvo, tanto en términos de conocimiento como de repercusiones, a nivel nacional como europeo, es, sin duda, el que se concretó en la relación de Pedro I de Portugal e Inés de Castro. Ella encarna el amor eterno, o, más precisamente en este caso, el amor más allá de la muerte. En el intervienen también el mito de la mujer fatal, la sirena, una beldad que atrae sin remisión al enamorado, llevándole a la práctica de las mayores locuras. En este caso, el comportamiento de D. Pedro quedó caracterizado por la palabra *desvarío*, que, inicialmente fue aplicada a las luchas entre el padre y el hijo [la guerra civil] pero que acabó por caracterizar el amor de D. Pedro ².

Ciertamente, el mito, puesto que está cargado de todas las pasiones humanas se convirtió fácilmente en una parábola moral de alcance universal.

Sin embargo, las fuentes del mito, al menos la narración del mismo en las Crónicas de Fernão Lopes, de la primera mitad del siglo XV, son las propias de un mito fundacional, conservador, que busca legitimar a la dinastía de Avis. El propósito mito-poético de Lopes es evidente pero la historia es tan poderosa y sugestiva, que escapa al contexto en el que fue formulada. De forma sucinta, el mito se construye en el contexto siguiente:

O Mestre de Avis fizera-se proclamar rei com o título de D. João I (1385) em Cortes convocadas para Coimbra, onde conseguiu libertar-se de outros dois pretendentes (D. João e D. Dinis, filhos ilegítimos do rei D. Pedro e de Inés de Castro) com a ajuda de um famoso legista, João das Regras, que ele prontamente nomeou seu primer chanceler. Foi fácil de obter o reconhecimento do exterior: como regente, João mudara uma vez mais do papa de Avinhão para o papa de Roma, que se apressou a aprovar o seu casamento com Filipa de Lencastrre, filha de João de Gante ³.

Como se ve, obtenido el reconocimiento exterior, la narración era importante para desacreditar los derechos de los competidores por el trono de Portugal y, de esta manera, hacer más firmes los del vencedor de la pugna dinástica. Por ello,

A revolução do Mestre de Avis veio depois exigir uma justificação conveniente, encomendando o príncipe D. Duarte ao arquivista Fernão Lopes a

² M^a L. Machado de Sousa, “Pedro I de Portugal e Inés de Castro”, en Y.K. Centeno, *Portugal: Mitos Revisitados*, Lisboa 1993, p. 53.

³ A.H. de Oliveira Marques, *Breve Historia de Portugal*, Lisboa 2003, p. 118.

*história verdadeira da época e feitos de seu pai. Fernão Lopes, porém, ainda um homem medieval, combinou o inevitável louvor aos vencedores com um relato franco dos acontecimentos e dos seres humanos, que o tornou espantosamente [extraordinariamente] moderno e científico*⁴.

El mito, en su momento, cumplió con su función. Y todavía hoy la cumple en relación al pleito dinástico, como puede desprenderse de la última línea de la cita anterior. Pero, como he señalado, los mitos, son apropiados socialmente en sus interpretaciones y, al rebasar el contexto de su formulación, adquieren independencia frente a los propósitos de quienes los forjaron. Además, en contextos diferentes el valor de los mitos se hace variable. Por último, los mitos pueden ser reinterpretados en contextos diferentes para producir efectos prácticos nuevos. Es decir, los intérpretes pueden ser también forjadores del mito.

II

Miguel de Unamuno tuvo una curiosa relación con Portugal. Desde su Salamanca tan cercana a lo portugués, mantuvo correspondencia con muchas figuras importantes de la vida literaria portuguesa y, en gran medida gracias a ellos, conoció con profundidad su literatura. Sin embargo su conocimiento directo de la vida portuguesa fue mucho más limitado. Esto es, sus viajes a Portugal fueron, en realidad, escasos, y concentrados en un breve espacio de tiempo. Como ha señalado John E. Englekirk, no se sabe muy bien cuándo primero entró Unamuno en Portugal ni cuantas veces estuvo allí y los datos más ciertos los da su librito de 1911, *Por tierras de Portugal y España*⁵. En él se recogen unos cuantos artículos que reflejan el momento de mayor interés por Portugal de la vida de Unamuno, entre 1907 y 1909. No obstante, también sabemos que estuvo en 1904 y que, después de ese período de intensidad, volvió en 1914 y, en largo periplo y por última vez, en 1935. Luego hablaré de esta última visita. La intensidad de las visitas entre 1907 y 1909 se debe a que por aquel entonces Don Miguel formó parte del consejo de administración de la línea férrea

⁴ Ibidem, pp. 180-181.

⁵ M. de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid 2006 [1ª ed., 1911].

Salamanca-Aveiro⁶. En suma, el conocimiento de Unamuno fue ciertamente limitado en lo geográfico pero profundo en lo literario y en lo espiritual.

De modo que, al margen de sus visitas a Portugal, Miguel de Unamuno se ocupó del mito de Inés de Castro en diversas ocasiones entre 1907 y 1917, en artículos que escribió para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Así en el artículo titulado “*Eugenio de Castro*”, en el que, a propósito de su obra *Constança*, se ocupa por primera vez de dicho mito; También en “*Alcobaça*” de 1908, y, algo más tarde en “*La tragedia de Inés de Castro*” de 1914, y “*Leonor Teles, Flor de Altura*” de 1916. Me parece particularmente significativo el contexto histórico en el que se produce el interés de Unamuno por Portugal y por el mito de Inés de Castro: 1907 es el año de la dictadura de João Franco que tendrá consecuencias trágicas y funestas para la Monarquía; 1908 es el año del Regicidio en el que el rey Carlos muere asesinado, junto a su hijo primogénito Luis Filipe, en el *Terreiro do Paço*, en Lisboa. La monarquía caerá definitivamente el 5 de octubre de 1910; y 1914 y 1916, son años turbulentos en la historia de la Iª República Portuguesa.

Los artículos escritos por Unamuno en esos últimos años de la monarquía constitucional encuentran en el mito Inés de Castro una representación del amor imposible, del querer algo que conduce a la tragedia. Y Unamuno identifica, de diversas maneras, esta forma de amor con Portugal. Ciertamente Portugal vivía en aquellos años en un clima revolucionario donde las expectativas de las élites, que se habían constituido en vanguardia social, ya no buscaban una reforma de la monarquía constitucional sino que, desde los últimos años del siglo XIX perseguían con ahínco su derrumbe. La dictadura de João Franco, que comienza en 1907, significa de hecho el final de la monarquía porque los propios partidos monárquicos, apeados del poder político por la situación, no sólo retiran su apoyo al monarca sino que fustigan sin límite a Carlos I desde sus medios. Los amigos portugueses de Unamuno, y muy especialmente Guerra Junqueiro, participan activamente en este movimiento republicano y comulgaban con el mito escatológico de que la simple y llana proclamación de la República acabará de golpe con la decadencia de Portugal y de que se abrirían nuevas avenidas de gloria para este país. La creencia básica movilizadora por los republicanos era que son las fuerzas antinacionales de la monarquía y la religión las que

⁶ J.E. Englekirk, “En torno a Unamuno y Portugal”, *Hipania* 42/1 (Madrid, Marzo de 1959), pp. 32-34.

han agostado el vigor de una nación que fue capaz de grandes cosas y que volverá a ser grande. Unamuno por el contrario, más escéptico que sus amigos, ve en este saudosismo portugués un rasgo permanente de identidad nacional, el querer apasionadamente algo imposible. Él no cree en los mitos nacionales y lo que hace es, justamente, utilizar el mito no para justificar un orden establecido o hacer apología de un nuevo sino para entender el presente. Así lo refleja en 1907 en las siguientes líneas a propósito del poema *Constanza* de Eugenio de Castro, dedicado a la mujer de Pedro I:

Esta figura de Constanza, que llena el más sentido y el más portugués de los poemas de Castro, parece a ratos un símbolo de Portugal mismo, de ese hermosísimo y desgraciado Portugal que desde el día lúgubre de Alcazarquivir parece vivir vagamente sumergido en ensueños de pasadas grandezas.

Representaseme Portugal como una hermosa y dulce muchacha campesina de espaldas a Europa, sentada a orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Porque para Portugal el sol no nace nunca: muere siempre en el mar que fue teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias⁷.

Unas líneas más adelante, añade: “Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios”⁸.

Es aquí la figura de Constanza, la mujer legítima de Pedro I, la traicionada por su amiga Inés, la que vive un amor imposible y la que, por tanto, sirve de emblema de Portugal, patria de “los amores tristes” y de los “grandes naufragios”. Amores tristes, por no correspondidos e imposibles, trágicos. Grandes naufragios, porque este querer demasiado conduce al fracaso. La poderosa imagen de Portugal como una joven campesina que, orientada hacia el Atlántico, contempla tan sólo el ocaso la retomará modificada años más tarde. Más adelante volveré sobre ello.

La segunda vez que aparece en Unamuno una revisión del mito es en su artículo “*Alcobaça*”, de 1908, donde nos narra su visita, recogida peregrinación,

⁷ M. de Unamuno, *Por tierras de Portugal...*, pp. 8-9.

⁸ *Ibidem*, p. 9.

a la tumba de los dos amantes. Unamuno, impaciente por las explicaciones del soldado que hace de guía, llega ante las tumbas de los amantes y nos dice:

Enfrente de este altar cierra una pobrísima verja de madera la capilla en que descansan por fin los restos de la infortunada amante de Don Pedro I.

Me llevó el guardián ante los túmulos de Don Pedro, de Inés y de sus hijos, y le pedí que se fuera, dejándome solo. En mi vida olvidaré esta visita. En aquella severísima sala, entre la grave nobleza de la blanca piedra desnuda, a la luz apagada y difusa de una mañana de otoño, las brumas de la leyenda embozaronme el corazón. Una paz henchida de soledades parece acostarse en aquel eterno descansadero. Allí reposan para siempre los dos amantes, juguetes que fueron del hado trágico. Como aves agoreras veníanme a la memoria los alados versos de Camões al contemplar el túmulo de la

Mísera e mesquinha

Que depois de ser morta foi rainha

Porque el puro Amor

que os corações humanos tanto obriga

[*Os Lusíadas*, Canto III, 118-119]

quiere, áspero y tirano, bañar sus aras en sangre humana.

Descansan en dos pétreos túmulos Pedro el duro, el cruel, el justiciero, el loco tal vez, y la linda Inés, y descansan de tal modo que si se incorporaran daríanse las caras y podrían otra vez más beberse uno a otro el amor en los ojos⁹.

Y, cuando ya se despide, vuelve a añadir:

Con pesar me despedí de la pétrea caja que encierra los despojos de lo que fue la belleza de Inés de Castro, la de trágica memoria. Y allí queda, entre las blancas piedras bernardinas del monasterio levantado a recordación de la independencia de Portugal. Sólo que el severo monumento, desnudo, solitario, silencioso, recuerda, más que la independencia de la patria, la independencia del amor. Portugal, que como Inés, ha amado mucho y ha amado trágicamente bajo el yugo del Destino, ¿no reinará también después de morir? La desgraciada amante, ¿no es un símbolo prefigurativo, un augurio, de esta tierra linda, linda como Inés, víctima también de fatídicas pasiones?¹⁰.

⁹ *Ibidem*, p. 116.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 120-121.

Este texto está firmado por Unamuno en diciembre de 1908, en Salamanca. El 1 de febrero de ese mismo año habían sido asesinados en Lisboa el rey Carlos I y su hijo y heredero Luis Filipe. De este asesinato se había ocupado en un artículo anterior de noviembre de 1908, firmado en Lisboa, y que lleva por título “*Un pueblo suicida*”. En él, Unamuno reflejaba con dolorosa precisión el ambiente de autodestrucción que imperaba en Portugal: republicanos y monárquicos eran los agentes suicidas de un pueblo que se suicidaba y que esperaba, tras la muerte, reencontrarse. Así, para Unamuno, era un suicida Buiça, uno de los regicidas pues, como no podía ser de otra manera, sabía que moriría al mar. Escribe Unamuno: “Y decidme: lo de Buiça, el regicida, ¿no fue un suicidio en rigor?”¹¹. Y nos demuestra que sí, al reproducir unas pocas líneas de su testamento “escrito cinco días antes de su muerte y del regicidio”. Y, este último, el regicidio también lo ve Unamuno como suicidio: “¿No creéis que es algo más que una *boutade* lo que alguien dijo de que el rey Don Carlos fue un suicida, que Buiça le suicidó?”¹². José Rocha Martins, en su impresionante libro sobre los hechos del 1º de febrero describe este ambiente con todo detalle:

*Portugal era um campo de batalha onde se fuzilavam os próprios amigos. Vivía-se entre duas correntes; uma a que arvorava os regicidas em mártires; outra que distribuía as preces com os doces dizeres, referentes aos reis, aos verdadeiros sacrificados*¹³.

Unamuno, en este segundo acercamiento a Inés de Castro, utiliza de nuevo el mito para iluminar el presente cuando se pregunta si Portugal no reinará después de morir, y pone juntos el amor y la tragedia, las fatídicas pasiones de una tierra linda. Como en la historia de la linda Inés.

En 1914, cuatro años después de la proclamación de la 1ª República Portuguesa, Unamuno vuelve sobre el mismo tema. Ahora ya definitivamente titulado “*La tragedia de Inés de Castro*”. En aquel año estuvo en Figueira da Foz, y pudo percibir la creciente inestabilidad de la joven república. Ahora Portugal sigue siendo el amor pero, sobre todo, el naufragio:

Hay en la literatura portuguesa una colección de relatos de naufragios que se llama la *Historia trágico-marítima*, y resulta ser una de las más

¹¹ *Ibidem*, pp. 107-108.

¹² *Ibidem*, p. 108.

¹³ J. Rocha Martins, *O regicídio*, Lisboa 2007, p. 412.

características expresiones del alma portuguesa, trágica como el mar. Y la historia toda de Portugal –recuerdo habérselo dicho alguna vez– es un largo naufragio. Y dentro de ese pueblo trágico y elegíaco, ¡cuántas tragedias, cuántos naufragios de almas! Naufragios por el amor, pues que la tragedia portuguesa es de ordinario erótica¹⁴.

Sin embargo, no deja de resultar interesante que si primero fue, en Unamuno, Constança Portugal, si después es Inés Portugal, en este relato, escrito al hilo del libro de Antero de Figueiredo sobre el gran desvarío, es Pedro I, quien ocupa ese lugar:

El buen pueblo portugués del siglo XIV amó a su rey don Pedro llamado, como el de Castilla, el Cruel, y le amó porque el rey era quien le defendía de las exigencias del clero y de los desprecios de los hidalgos, porque oía en la corte sus reclamaciones, por ver en él un seguro mantenedor del derecho de la justicia; le amaba porque le veía gobernar con eso, le amaba como rey justiciero y padre equitativo, le amaba como hombre liberal y agasajador, le amaba porque le tenía miedo (...). Le amaba también y sobre todo porque comprendía como si fuera suyo, ese corazón flaco en rey poderoso, blando corazón de criatura en contradictoria alma de tirano, ¡apasionado corazón portugués, que enloquece y se pierde por el amor de una mujer!¹⁵.

Y así vemos que la tragedia de Inés de Castro es la tragedia de don Pedro de Portugal. Ella, la pobre bastarda gallega, fue una víctima, se dejó querer por aquel huracán de hombre.

La figura trágico-erótica es la de don Pedro, no la de Inés. El, don Pedro, tenía sangre aragonesa, sin duda, pero su corazón nació, se amantó y creció en tierras portuguesas, en esas tierras de que se exhala el cálido soplo de Eros trágico, de la Pasión tempestuosa¹⁶.

En suma, estas tres referencias unamunianas al mito de Inés de Castro, de 1907, 1908 y 1914, aunque de distintas maneras mantienen algo en común. Para Unamuno la historia de amor no se puede separar de la historia de Portugal y de sus anhelos y el mito, que en origen era político, legitimador de la dinastía

¹⁴ M. de Unamuno, “*La tragedia de Inés de Castro*”, *La Nación* (Buenos Aires), 9 de julio de 1914.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

de Avis, nacionalista si se quiere, y que después cobra vida propia y universal como historia del amor imposible, es aprehendido por Unamuno, de manera particular, no mítica, no como instrumento de justificación de la realidad ni como instrumento de construcción alternativa de otra realidad, sino como herramienta desde la que comprender un presente complejo, la zozobra portuguesa del cambio de siglo.

Al comienzo de esta sección reproduje la imagen que Unamuno tenía de Portugal en 1907: una joven campesina, sentada en la arena y con los pies bañados por el mar que contempla la puesta de sol. Sin embargo, en septiembre de 1910, sólo unos pocos días antes de la proclamación de la Iª República Portuguesa, Unamuno utilizó, llamativamente transformada, esta imagen para componer un soneto:

Del Atlántico mar en las orillas,
Desgreñada y descalza, una matrona
Se sienta al pie de la sierra que corona
Triste pinar. Apoya en las rodillas
Los codos, y en las manos, las mejillas
Y clava ansiosos ojos de leona
En la puesta del sol; el mar entona
Su trágico cantar de maravillas
Dice de luengas tierras y de azares,
Mientras ella, sus pies en las espumas
Bañando, sueña en el fatal Imperio
Que se le hundió en los tenebrosos mares
Y mira cómo entre agoreras brumas
Se alza don Sebastián, rey del misterio

Este soneto lo incluyó en su *Rosario de sonetos líricos* pero además lo recogió en la serie de cuatro artículos que escribió con motivo de su última visita a Portugal, en 1935. Portugal ya no es una linda campesina sino una desgreñada y descalza matrona. Creo que vale la pena detenerse un momento en esta última visita por las conexiones con la segunda revisión española del mito de Inés de Castro que explicaré en la sección tercera de este artículo. La visita se produjo como resultado de una invitación por parte del célebre Antonio Ferro, a la sazón director del Secretariado de Propaganda Nacional (SPN), creado por él mismo en 1933 y al frente del cual estaría hasta 1949. Así pues don Miguel se embarcó en un viaje organizado por el órgano de propaganda del *Estado Novo* salazarista. En dicho viaje participaron, por parte de España además de don Miguel, Wenceslao

Fernández Florez, Ramiro de Maeztu, y el marqués de Quintanar (estos dos últimos importantes para las relaciones luso-españolas porque divulgarían la obra de Antono Sardinha entre nosotros). Participaron en el viaje además, figuras como Gabriela Mistral, François Mauriac, Jacques Maritain y Maurice Maeterlinck. Las impresiones de tal viaje pueden leerse en los artículos “*Lisboa y Toledo*”, “*Junto al cabo de la Roca*” y la serie de cuatro titulada “*Nueva vuelta a Portugal*”¹⁷. Don Miguel, como era de esperar, nos muestra lo mejor de sí mismo en los reportajes:

Había sido yo invitado, con otros, a visitar Portugal por la Propaganda Nacional y con ocasión de las fiestas de la ciudad de Lisboa. Festejos ordenados para festejar el orden que aseguran haber restablecido¹⁸.

Don Miguel se dice muy obligado hacia los que le cursaron la invitación pero sobre todo muy obligado a ser sincero con el pueblo portugués al que no veía desde hacía 21 años cuando, en una visita a Figueira da Foz, 1914, allí le encontró el inicio de la Iª Guerra Mundial. Así pues obligado a ser sincero comienza la semblanza del régimen:

Al entrar por Marvão, al pasar la aduana nos registraban los periódicos por si traíamos algunos de los registrados en el Índice de la Inquisición de Estado portuguesa. Se me decayó el ánimo. Recordé aquellas inhumanas cosas, ahí en mi patria, de que hubiera podido uno ser detenido, y hasta encarcelado, por recibir y leer –en silencio– tales o cuales hojas, muchas de ellas clandestinas. Aquellos ataques a la entereza espiritual de un hombre libre. ¡Defensa del Estado! ¡Defensa de la República! ¡Defensa de la Monarquía! ¡Ay del Estado –monarquía o república– que juzga tener que defenderse ofendiendo a la humanidad de tal manera!¹⁹.

Más tarde, de visita al Estoril de los turistas, viene Unamuno a pensar en los pobres pueblos europeos y en el nacionalismo:

En que a la libertad se opone la independencia. A la libertad individual la supuesta independencia colectiva. Para poder ser nacional de esta o aquella nacionalidad –suiza, italiana, alemana, portuguesa..., lo que sea– hay que dejar de ser hombre entero y verdadero²⁰.

¹⁷ *Ahora* (Madrid), 21 de junio, y 3, 12, 16 y 30 de julio de 1935.

¹⁸ *Ahora* (Madrid), 21 de junio de 1935.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

Y cuando se trata del régimen de Portugal, el comentario ya va certero contra Salazar y su fama de mago de las finanzas que había logrado cuadrar por vez primera el presupuesto del Estado portugués:

Lo principal parece ser equilibrar el presupuesto, no sólo el de ingresos y de gastos de la Hacienda pública repartiendo la pobreza, sino el presupuesto espiritual, el de ingresos y de gastos de ideas, de sentimientos, de ensueños, de aspiraciones y de ilusiones. La cosa es pensar, sentir, creer, esperar, soñar en balance ²¹.

Y termina afirmándose “hombre, más que pueblo, más que nación”.

Pero no acaba ahí la cosa. En los dos primeros artículos de la serie “*Nueva vuelta a Portugal*”, el tema vuelve a ser Salazar, el nacionalismo y los mitos políticos:

El *Estado nuevo* viene a ser una especie de fajismo de cátedra (...) La dictadura del núcleo que representa Oliveira Salazar es una dictadura académico-castrense, o si se quiere, bélico-escolástica. Dictadura de generales –o coroneles– y de catedráticos, con alguna que otra gota eclesiástica. No mucha, a pesar de que el cardenal patriarca Cerejeira fue compañero de casa de Salazar y, como éste, también catedrático. Eclesiástico-catedrático, lo mismo que otros militares catedráticos ²².

Cuando la caravana de visitantes ilustres *pidió* ser recibida por Salazar, Unamuno se manifestó de la siguiente manera:

Los más de mis compañeros de expedición de estudio solicitaron ser recibidos por Salazar, saludarle y oírle. Yo, no. (...) Estaba a la vez molesto por las trabas que allí se ponían a la libre emisión del pensamiento libre, y como habría de brotarme la queja, no quería oír explicaciones a ese respecto (...). No quería ni debía, además, perturbar con mis manifestaciones el sentimiento de sosiego de un orden, de una paz que para mi pueblo no deseo, como les dije en un banquete a que asistieron los ministros de Instrucción Pública y de Negocios Extranjeros ²³.

En todo nuestro recorrido fuimos espléndidamente agasajados; se nos mostraron las mayores bellezas monumentales y naturales de Portugal y

²¹ *Ibidem*.

²² *Ahora* (Madrid), 3 de julio de 1935.

²³ *Ibidem*.

ejemplos de vida popular o, mejor, folklórica, bailes y danzas del país. Se nos quería mostrar el contento en que dicen que vive el pueblo portugués. Mas yo trataba de penetrar mas allá del velo de aquellas fiestas. Se ordenaban los festejos que habían de festejar el orden²⁴.

¿Qué educación nacional puede dar una dictadura académico-castrense? Ardua cuestión. Que no se presenta ni en Italia, ni en Alemania, ni en Rusia, pues Mussolini, Hitler y Stalin de todo tienen menos de catedráticos (...) ¿Y el llamado nacionalismo? ¿El nacionalismo doctrinario, académico-castrense, de cátedra? O sea: ¿qué ideal histórico –histórico, no arqueológico– puede surgir del llamado –no sin pedantería– Estado Nuevo?²⁵.

La respuesta se la reserva Unamuno para el segundo de los artículos de la serie “*Nueva vuelta a Portugal*”²⁶. Ahora el tema es el mito político y es en esto en lo que *educa* el nacionalismo del *Estado Novo*:

Un pueblo se somete a sacrificios y renuncia ante la autoridad –o mejor, el Poder, que es otra cosa– a ciertas libertades para fraguar una historia que es una leyenda (...). Historia que no es tanto lo que hicieron los hombres que nos hicieron cuanto lo que soñaron haber hecho y haber de hacer (...) Y sigue Portugal soñando y engendrando mitos²⁷.

En mi reciente recorrido por ese país mitológico visité las tumbas de sus principales héroes (...). Volví a Alcobaça, de que escribí antaño (...). Escueto y desnudo templo de cistercienses. Allí, las tumbas gemelas de don Pedro y de su Inés de Castro, que si sus estatuas de piedra se irguieran miraríanse cara a cara. Es la tragedia sosegada en piedra de siglos (...).

Leyendas, todo leyendas. Y la leyenda del mar, sobre el que parece cernerse la cruz de Cristo, con sus cuatro T, casi como cuatro anclas, que la distinguen de una cruz gamada o esvástica. (...) Sobre el mar por el que fueron los buscadores de oro, de especias, de ensueños orientales, y en que hoy buscan pan que mate el hambre, los pescadores humildes.

A éstos, a los pescadores humildes y sufridos, los vimos, y sin velo, en la playa de Nazaret, al pie de sus blancas casitas. Descalzos ellos, y sus

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ahora* (Madrid), 12 de julio de 1935.

²⁷ *Ibidem*.

mujeres, y sus niños, acariciando la arena con la carne de las plantas de sus pies, curtiéndose al sol, tirando de las redes de pesca (...).

Aquel era el pueblo por debajo de leyendas. Comer, beber, abrigarse y vestirse pobremente, adornarse un poco –muy poco– acaso y... propagarse.

Pueblo que, abrumado bajo cuidados elementales, no da espacio ni tiempo para que le hostiguen inquietudes esenciales (...).

¿Qué saben ellos del pomposo Estado Nuevo? ¿Qué les importa que les muestren un mapa de Europa marcando en rojo sobre ésta las extensiones de Angola y Mozambique y con la leyenda de Portugal no es un país pequeño? (...)

Mas, ¿es que, a fin de cuentas, el pobre pueblo, que arrastra su vida bajo el sudario de la Historia, abrumado por sus cuitas elementales, animales, tiene otra misión providencial que no la de dejar que medre la leyenda hostigadora de inquietudes espirituales? ¿Dejar que se haga el mito devorador de naciones? ²⁸.

III

La segunda revisión del mito de Inés de Castro que quiero comentar se produce en un contexto vinculado al del último viaje de Unamuno a Portugal. Cómo puede colegirse, la relación del *Estado Novo* con la República Española no era buena, por el contrario, las relaciones entre Portugal y España fueron particularmente complejas en el inicio del siglo XX. La proclamación de la República en Portugal, en 1910, no fue especialmente bien recibida por la monarquía de Alfonso XIII. Otro tanto ocurrió con la República Española y el *Estado Novo*. Fueron más bien momentos tensos caracterizados por intentos de intervención recíproca. Así, desde Portugal, se recibió con alborozo la rebelión militar española del 18 de julio de 1936. Salazar pensaba que un triunfo de los nacionales alejaría de Portugal el peligro de un contagio revolucionario y obró en consecuencia apoyando logísticamente a los sublevados; dando cobertura diplomática a la causa nacional; formando un cuerpo voluntario, *os viriatos*, de cinco mil hombres, para luchar con Franco, y entregando a los sublevados a cuantos republicanos españoles buscaban refugio en Portugal. En esta línea, el

²⁸ Ibidem.

24 de octubre de 1936, Salazar anuncia la ruptura de relaciones diplomáticas con la República Española y el 28 de abril de 1938 reconoce oficialmente al gobierno de Franco.

Los objetivos de la política exterior portuguesa a comienzos de los años treinta estaban vinculados al mantenimiento del régimen y a la protección del territorio peninsular y ultramarino. Dichos objetivos se satisfacían mediante la neutralización del enemigo peninsular. Primero, contribuyendo al fin de la España revolucionaria y, a continuación, debido al equilibrio geopolítico europeo, salvaguardando la neutralidad del país frente al conflicto internacional que se anuncia en Europa. Para ello se habría de conseguir comprometer también la neutralidad española puesto que Franco, por las deudas contraídas con Alemania e Italia podría verse arrastrado a una participación en la guerra junto a las potencias del eje.

Aunque el *Estado Novo* era un régimen autoritario de tipo nacional-católico, con lo que compartía algunos rasgos ideológicos e institucionales con el régimen de Franco, sus intereses exteriores no eran europeos sino atlánticos y estaban protegidos por su tradicional aliada, Gran Bretaña. Por tanto, el fin de la República Española era una bendición para la seguridad interna del *Estado Novo*, pero los amigos de Franco, Alemania e Italia, eran un peligro cierto para la soberanía exterior de Portugal, esto es, para la paz peninsular y la preservación de su imperio ultramarino. En consecuencia, el objetivo prioritario de la política exterior portuguesa era diseñar instrumentos políticos que conciliasen ambas cosas, el apoyo a Franco frente a la República y la preservación de la alianza con Gran Bretaña, y esto sólo podía servirse mediante un compromiso español de neutralidad en el conflicto europeo. Y a eso se aplicó.

Ya en agosto de 1936, Armindo Monteiro, ministro de Asuntos Exteriores luso, en comunicación con el representante de Gran Bretaña en Lisboa, explica porqué Portugal no puede firmar el acuerdo de no intervención en la guerra de España:

Nos territórios sujeitos ao que se chama o Governo de Madrid, dominam de facto os homens dos partidos comunista e anarco-sindicalista. A sua vitória será de facto a vitória da gente que obedece às ordens de Moscovo. (...) Os programas dos partidos referidos declaram abertamente (ou implican) a ambição de formarem uma república federativa ibérica. Senhores da vitória, marchariam contra nós imediatamente ou dentro de período breve (...) Teremos assim em jogo a nossa liberdade, a ordem social portuguesa, a nossa independência.

*Os senhores vêm propor-nos que renunciemos (...) a afastar de nós esta calamidade. É enorme o que nos vêm pedir. É um sacrifício imenso, de que talvez se não tivessem dado conta, mas para que tenho de chamar a atenção do seu Governo*²⁹.

A Portugal, por tanto, no se le podía pedir que se abstuviera de intervenir en la Guerra de España cuando sus intereses más vitales se hallaban crucialmente comprometidos.

Enunciadas las razones portuguesas del apoyo a Franco, veamos ahora los instrumentos diseñados para garantizar la neutralidad entre los dos países que, en cierto modo, pueden verse como pago por parte de Franco del apoyo recibido.

El 17 de marzo de 1939 se firma entre ambos países el “Tratado de amistad y no agresión entre Portugal y España”, conocido como “Pacto ibérico”. El documento, con un encabezamiento en el que se señala que las relaciones pacíficas entre Portugal y España redundan en beneficio de la paz en Europa y que los acuerdos de ambos países con países terceros no pueden estar en contradicción con las cláusulas del tratado, está compuesto por únicamente seis artículos que buscan, básicamente, hacer imposible en toda circunstancia que la Península Ibérica se tornen en escenario de guerra alguna. El documento viene presidido por los nombres de António Oscar de Fragoso Carmona, Presidente de la República Portuguesa y de Francisco Franco Bahamonde “*Chefe do Estado Espanhol e Generalíssimo dos Exércitos Espanhois*” pero está firmado, en Lisboa, por los plenipotenciarios “*Sr. Doutor António de Oliveira Salazar, Presidente do Conselho de Ministros e Ministro dos Negócios Estrangeiros*” y por la parte española, el embajador español en Lisboa, Sr. Nicolás Franco Bahamonde, a la sazón hermano del dictador español. Obsérvese que el antes mencionado Armindo Monteiro ha sido sustituido por el propio Salazar, que ejercía su peculiar dictadura desde la presidencia del gobierno, en la dirección de la política exterior en este crucial momento. Monteiro fue enviado a Londres como embajador.

El 29 de julio de 1940 se firma un “Protocolo adicional al tratado de amistad y no agresión” entre Oliveira Salazar y Nicolás Franco, de nuevo en Lisboa, donde se perfecciona el mecanismo de concertación entre ambos países frente a posibles litigios y queda incorporado como anexo al tratado. En suma, Salazar vio muy pronto que la Guerra de España significaba una oportunidad

²⁹ Citado en H. de la Torre Gómez y J. Sánchez Cervelló, *Portugal en la Edad Contemporánea (1807-2000). Historia y documentos*, Madrid 2000, p. 289.

y un peligro para Portugal y diseñó una política exterior basada en dos claros objetivos: la solidaridad ibérica y la alianza anglo-portuguesa como mecanismo de defensa del interés nacional portugués. Como señaló el propio Salazar, en un discurso de mayo de 1939, España, después de haber derrotado al comunismo, “tras ahogar en su propia sangre el virus que amenazaba la paz y la civilización en la península”, sólo tiene como límite a su completa libertad de acción en el exterior su “tratado de amistad con Portugal”³⁰.

Nótese que los intereses portugueses en esta política resultan resultaban evidentes pero que los españoles no eran tan obvios, salvo como gratitud de Franco respecto a la ayuda recibida. En cualquier caso, tras la derrota del eje en la guerra mundial, el aislamiento de España es absoluto, y apenas sólo Portugal mantiene un vínculo exterior. Es decir, con el final de la II Guerra Mundial, el contexto que explica estos acuerdos cambia abruptamente. Como señaló Mario Soares, ex-presidente socialista del Portugal democrático,

a partir de 1949, el gobierno portugués, que se disponía a suscribir el Tratado del Atlántico Norte, comenzó a hacerse aceptar por el mundo occidental como un compañero más. La guerra fría se había convertido en una realidad, y esto salvó a Salazar³¹.

En efecto, ese año de 1949 Portugal ingresa como socio fundador en la OTAN (NATO) y en la OEEC (después OECD) afianzando su imagen de país occidental. En 1955, Portugal conseguiría entrar finalmente en las Naciones Unidas. España, por el contrario, vio vetado su ingreso en la OTAN y en la ONU.

Por ello no deja de ser chocante que en el mismo momento en el que las cosas están cambiando radicalmente en Europa, cuando nace un nuevo conflicto que determinará las relaciones internacionales durante décadas, la guerra fría, España está fuera del mundo.

En efecto, ese mismo año de 1949, Franco realiza su primer viaje oficial como jefe de Estado invitado por el presidente de Portugal, General Oscar Carmona. Realiza una visita al país y permanece en Portugal desde el día 22 al 27 de octubre de 1949. El viaje recibió una gran cobertura por parte portuguesa. Así, el noticiero cinematográfico *Jornal Português*, realizado por el Secretariado da Propaganda Nacional (SPN) dedicó tres números completos al evento, *A visita*

³⁰ Citado en H. Kay, *Salazar and Modern Portugal*, Londres 1970, p. 120.

³¹ M. Soares, *Portugal amordazado. Un testimonio*, Barcelona 1974, p. 93.

a *Portugal do Generalíssimo Franco I, II y III (Jornal Português nº 86-88, 1949)* y la Secretaría General del *Ministerio das Finanças e da Administração Pública* de Portugal todavía informa hoy de los gastos que originó el viaje, entre otros, algunos curiosos como 163.000 escudos que se abonó a la Pastelaria Marques, por una cena para 2.000 personas y un banquete para 155 o los 26.000 escudos que hubo que pagar a la Garrafeira Internacional Lda., “*pelo fornecimento de 480 garrafas de espumante Raposeira*”. Franco fue paseado de un extremo a otro del país, en galas y convites, eventos en teatros y excursiones. Pasó revista a los Viriatos, recibió el doctorado *honoris causa* en Derecho, por la Universidad de Coimbra, presentado por el cardenal Cerejeira, y visitó, luego hablaré de ello, el túmulo de Inés de Castro. Sin embargo, no debemos engañarnos con la recepción portuguesa. Los fastos de la celebración a propósito de la visita no significaban, como pensaban los españoles, el inicio de una profunda amistad o hasta un romance sino, más bien, una despedida a lo grande. Pues si para España la propuesta significaba ser invitada por vez primera a una fiesta, para los portugueses entrañaba, por el contrario, sacar a bailar, por caridad y por última vez, a la fea del baile. En suma, que bajo el punto de vista portugués el pacto ibérico estaba circunscrito únicamente a los puntos de su articulado y a su contexto histórico, pero no habría de convertirse en política alguna de estrechamiento de las relaciones peninsulares. Como luego explicaré, los españoles no vieron o no quisieron ver realidad tan prosaica y pensaron que era el inicio de una verdadera historia de amor.

Esta asimetría de percepciones, queda ilustrada por la película *Inés de Castro*, dirigida por Leitão de Barros y García Viñolas, con Manuel Machado de asesor literario y con, entre otros, las actrices Alicia Palacios, en el papel de Inés, y María Dolores Pradera como Constanza. La película fue estrenada en el cine Coliseum de Madrid el 28 de diciembre de 1944 y en el cine São Luis de Lisboa el 9 de abril de 1945. La pretensión era hacer una gran coproducción a la americana a través de la cooperación hispano-lusa, pero el resultado fue más bien decepcionante. Uno de los desencuentros que me parecen más interesantes, en relación al tema de este artículo, es la percepción misma de la figura de Inés de Castro. En el cartel de la versión española de la cinta se ven dos tronos uno al lado del otro. En el izquierdo hay una cosa informe tapada con una sábana y con una corona, que suponemos Inés de Castro. A la derecha aparece Don Pedro I, de pie y con cara de no saber si sentarse junto a semejante ser. Los textos que adornan el cartel no tienen desperdicio. El situado a la izquierda proclama “dramática historia de una española que fue Reina después de morir”. Y el

de la derecha nos dice “Una película española sobre un tema que inspiró a todas las artes”. En fin, para ser una película de tema portugués realizada en coproducción, la afirmación reiterada de lo español podría parecer excesiva para la sensibilidad portuguesa.

Este es justamente el punto que aborda el crítico que examina la película en la revista portuguesa *Filmagem* a la salida del estreno. El crítico manifiesta su desolación lastimosa después de ver la película y explica que su estado de ánimo se debe a que el director, aquí Leitão de Barros, ha querido contentar en su película a españoles y a portugueses y eso no puede hacerse si se atiende a la historia. Porque la historia señala, nos dice, que Inés de Castro era una traidora a Portugal y que su muerte sirvió a la nación portuguesa. Sin embargo, si se hubiera limitado a la leyenda de amor entre ambos, entonces otro habría sido el resultado:

A história de Castro é um problema peninsular, e para a transplantar ao cinema, Leitão de Barros teria que, deliberadamente, escolher entre a Lenda e a História. A Lenda é portuguesa – a História é peninsular: a Lenda conta-nos o desvario dum Rei que esquece o povo para se afundar nos olhos helos dum beleza galega, mas os amores de Pedro e Inês, tal como a História os refere, são uma teia de intrigas políticas em que a Castro serviu os interesses estranhos, e os seus matadores os soberanos desejos da Nação portuguesa. [...] Leitão de Barros, por imperativos de um intercâmbio cinematográfico a que devem ser vedados os assuntos históricos, fez um romance que procura ostensivamente agradar a gregos e troianos. Esqueceu-se de que o próprio Povo definiu Inês quando apelida de ‘Castro’ qualquer má mulher³².

Vamos, que de la historia de Inés de Castro se pueden contar tres cosas: el desvarío de Pedro I, impropio de un monarca, que olvida a su pueblo por el amor a una gallega; Inés de Castro como servidora de intereses extranjeros, españoles o castellanos, enemiga de la nación portuguesa; y, por último, Inés de Castro como arquetipo de mala mujer, tal como muestra la sabiduría del pueblo portugués. Nótese que Inés de Castro es siempre adjetivada en lengua portuguesa como gallega, castellana o española y que los tres adjetivos tienen, entre otros, un sentido peyorativo en dicha lengua.

Los españoles, quizás con ignorancia de las susceptibilidades portuguesas, dieron al viaje de Franco el mayor empaque del que fueron capaces y no repararon en gastos ni en despliegue humano y simbólico. Así los pormenores de la

³² *Filmagem* 16 (Lisboa, abril de 1945).

agenda del jefe del Estado español junto a los discursos pronunciados por ambas partes quedaron recogidos en el libro *Franco au Portugal: Cérémonies et discours*, publicado con gran celeridad en el mismo 1949 y en francés para su mayor divulgación. En él, podemos leer cosas como esta:

*Le 22 Octobre, à trois heures et demie de l'après-midi, le Chef de l'Etat Espagnol arrivait à Lisbonne, répondent à l'invitation du Président Carmona. Ce fut pour la nation voisine l'occasion d'une démonstration patente de son indissoluble amitié pour l'Espagne. C'était la première fois que le Général Franco visitait officiellement un pays ami: la plume se refuse à écrire "un pays étranger", car l'Espagne et le Portugal, ensemble ou séparément, ont accompli ou cours des siècles, par leur multiple effort de civilisation, des oeuvres si intrépides et si durables, que dans les domaines de l'Histoire, de l'ethnographie et de la culture rien qui soit à l'une de ces deux pays ne peut demeurer étranger à l'autre*³³.

En estas líneas se subraya sobre todo la amistad de Portugal por España y la fraternal unión entre ambos pueblos. Evidentemente, el gobierno español está proyectando sobre los portugueses su propia percepción de las relaciones entre ambos países. Ni el amor hacia España era tan obvio ni el adjetivo extranjero tan inadecuado para hablar del país vecino. En este sentido resulta interesante observar que el anfitrión de Franco en estos días fue casi exclusivamente el Presidente Carmona, al que Giménez Caballero, calificó de venerable viejecito, y que moriría dos años después a la edad de 81 años. Carmona sería nombrado general del ejército español y Franco, por su parte, general del ejército portugués. Salazar, por la suya, apenas participó de estos eventos y rehuyó banquetes y convites.

Como he señalado, dado que se trataba de una primera visita se hizo una gran inversión simbólica y de todo tipo por parte española. Así, se planeó que el Caudillo llegara a Portugal en el crucero de la marina española *Miguel de Cervantes*, con salida del puerto de Vigo y llegada, ni más ni menos, que al desembarcadero del lisboeta del *Terreiro do Paço*. La vuelta, más prosaica, se realizó en avión desde el aeropuerto de Portela. No sabemos qué se pretendía con tal boato pero la imagen de Franco entrando por el Tajo no podía dejar de suscitar en los portugueses el recuerdo, por una parte, de la llegada de Felipe IV (Felipe III

³³ F. Franco Bahamonde, *Franco au Portugal: Cérémonies et discours*, Madrid 1949, pp. 7-8.

de Portugal) a Lisboa y, por otra, el mito del *encoberto*, la llegada de un hombre providencial, el rey Sebastián, para salvar Portugal. Obsérvese que toda esta mitología sebastianista, asociada a la ideología de la independencia portuguesa de 1640, había sido puesta nuevamente en circulación con el libro *Mensagem* de Fernando Pessoa, publicado en 1934. En cualquier caso, para el gobierno español esta dramaturgia cristaliza en *l'émouvante arrivée* de Franco a Lisboa:

*Le Chef de l'Etat Espagnol fit son entrée dans les eaux du Tage, le 22 courant, sur le coup de deux heures de l'après-midi, à bord du croiseur espagnol «Miguel de Cervantes», qui était accompagné de six destroyers espagnols, escortés, à leur tour, de quatre contre-torpilleurs de la marine portugaise*³⁴.

Aunque no hay mención alguna a ello en el librito *Franco au Portugal*, Ernesto Giménez Caballero hizo de cronista de este viaje y fruto de dicho trabajo es su excelente libro *Amor a Portugal*, del mismo año 1949. Obsérvese que ya en el título se hace referencia a este amor algo pesado, y no necesariamente correspondido, que muchos españoles tiene por Portugal o, mejor, que tiene España con Portugal. Veremos que justamente este es el eje que de la interpretación que del mito de Inés de Castro realiza Giménez Caballero. Pero antes, ha de señalarse que en el libro se realiza un pormenorizado relato del viaje de Franco escrito con gran brillantez y con un ingenio, libertad y capacidad de observación sobresalientes. Además, el libro proporciona, más allá del viaje que es su tema principal, abundantes pruebas de estos pretendidos amores. Pero para lo que interesa al título de este artículo, lo crucial es la visita de Franco al túmulo de la desdichada Inés, y la manera en que en estas circunstancias, Giménez Caballero interpreta el mito.

Pero empecemos por la llegada de Franco a Portugal, que se narra en el capítulo titulado “Portugal en visión política”, *La chispa del sol*:

La mañana del sábado 22 de octubre de 1949 amaneció muy nublada. Si hubo alguien que mandó llover para que se oscureciese la llegada del Caudillo español Francisco Franco a Lisboa, se olvidó de la copla popular portuguesa, que no falló una vez más:

Portugal tuvo de Dios
En patrimonio sagrado;
El cielo azul, la saudade,
Un sol ardiente y el fado.

³⁴ *Ibidem*, p. 10.

Al llegar Franco a Lisboa, por el Atlántico, a primera tarde, Portugal se gastó todo ese patrimonio divino. Hubo sol. Hubo azul. Lágrimas de emoción. Y lirismo. Al día siguiente llovería un poco. Pero agua pasada no mueve molino (de la Historia). Y la Historia de España se movió con aspas de siglos el sábado 22 de octubre, 1949, en Lisboa ³⁵.

El libro merecería un estudio más atento pero esta no es la ocasión. Por ello veamos la manera en la que Giménez Caballero retrata la visita que Franco hizo a Alcobaça y su actitud ante los sepulcros de Pedro e Inés:

Porque le vi pararse [a Franco], quizá húmedos los ojos (casi no se veía, anochecido), ante el doble sepulcro de Don Pedro el portugués e Inés de Castro la española. En opuesta dirección tendidos los amantes plantas contra plantas, esperando un día lo que la leyenda promete: el volver a incorporarse, resucitados. Y al incorporarse, encontrarse de nuevo rostro con rostro, labio con labio, en milagro de amor, volviendo así a reinar después de morir. Todo el drama de amor entre Portugal y España en esos dos sepulcros. Más patéticos para nuestros pueblos que los de Romeo y Julieta. Pero la Alianza Peninsular de hoy entre España y Portugal no es un Matrimonio. Y debimos dejar esos sepulcros en su sueño divino. Mientras llega un día el Encubierto por el Tajo a despertarlos. Y a fundar con voz de siglos y poesía de Camöens: el Quinto Imperio ³⁶.

Repárese que el amor entre Pedro e Inés, es el amor entre un portugués y una española. Además, tal amor es símbolo del presunto amor entre Portugal y España. Ahora bien, dicho amor es un drama patético, un amor imposible. La comparación de Pedro e Inés con Romeo y Julieta, sin duda interesante para nuestro tema, también fue realizada, más tarde, por Miguel Torga quien, en sus *Poemas Ibéricos*, de 1965, dejó escrito que Inés de Castro era la “*eterna Julieta castelhana do Romeu português*” ³⁷. No sin realismo, observa Giménez Caballero que la Alianza Peninsular entre ambos países no es un matrimonio de modo que, Franco y quienes le acompañaban, abandonaron los sepulcros en espera de que, en un futuro no precisado, sea justamente, el *encoberto*, llegando a Lisboa por el Tajo, quien haga realidad ese Quinto Imperio profetizado por Vieira y Pessoa.

³⁵ E. Giménez Caballero, *Amor a Portugal*, Madrid 1949, p. 13.

³⁶ *Ibidem*, p. 36.

³⁷ M. Torga, *Poemas Ibéricos*, Madrid 1998, p. 54.

También vale la pena detenerse en el concepto Alianza Peninsular puesto que el llamado “Pacto Ibérico” entre Portugal y España tenía como nombre oficial “Tratado de amistad y no agresión entre Portugal y España”. Entonces, ¿qué es la Alianza Peninsular? El concepto fue inventado por Antonio Sardinha, uno de los fundadores del partido Integralismo Lusitano, en la línea ideológica de la Action Française de Charles Maurras. Sardinha, a pesar de ser un nacionalista *integral*, hubo de refugiarse en España durante la I República Portuguesa, y ahí desarrolló dicho concepto, una forma de filo-hispanismo que contrapuso al internacionalismo progresista del iberismo. Ramiro de Maeztu, en el prólogo que escribió para la edición española de *La alianza peninsular*, resumió con toda claridad sus ideas:

Al recobrar su propia esencia, España y Portugal han de volver a la política de colaboración de sus mejores tiempos. Esa fue la política que Camões preconizaba. Nada de iberismo. Esa palabra no le inspira a Sardinha sino repulsión, porque es caótica y confusa, y Sardinha ha dedicado buena parte de su labor a mostrar los rasgos característicos de su nación portuguesa. En vez de iberismo “alianza peninsular”. Esa era también la idea de Oliveira Martins: “*Unión de pensamiento y de acción e independencia de gobierno es, a nuestro modo de ver, la fórmula actual sensata y práctica del iberismo*”. Sardinha escribe: “*La unidad hispánica exige, por el contrario, que los dos pueblos se mantengan libres en su gobierno interno, aunque unidos militar y diplomáticamente para la defensa común, porque común, pensándolo bien, es el patrimonio que a ambos pertenece*”³⁸.

Así pues, la Alianza Peninsular es la coordinación de España y Portugal en su política exterior con pleno respeto de su soberanía interna como Estados. Recuérdese que durante la visita, Carmona y Franco se nombraron respectivamente generales de sus ejércitos. De modo que, desde la perspectiva Española, el viaje de Franco tuvo una neta orientación *sardinhista*. Pero vale la pena seguir leyendo a Maeztu porque sus palabras no sólo resuenan en lo escrito por Giménez Caballero sino que nos devuelven a la llegada de Franco a Portugal por el Tajo:

Creo que el pensamiento central de Sardinha puede expresarse en su mito favorito del Rey Don Sebastián, que tiene la cara encubierta, pero que un día aparecerá por la boca del Tajo y volverá a Portugal a su

³⁸ R. de Maeztu, “Prólogo”, en A. Sardinha, *La alianza peninsular*, Segovia 1939, p. 7.

grandeza, creando el Quinto Imperio. Es el mito de la esperanza, que ha permitido vivir al pueblo lusitano en estos siglos de tristeza para los dos pueblos hispánicos de Europa. La verdad que encierra es que ha de llegar la hora en que el pueblo portugués se descubra a sí mismo que tiene el alma grande, como Don Sebastián, y ese descubrimiento le sacará de su apatía. Si esta interpretación es cierta, el Encubierto ha llegado ya a Lisboa. Pidamos al cielo que no se quede en la boca del Tajo, sino que remonte el río contra la corriente, a trancas y barrancas, agua arriba, hasta subir al Manzanares y plantarse en Madrid por la mismísima Puerta de Toledo. Y cuando se le vea la cara recobrará España su valimiento antiguo, porque huirán espantados los demonios extranjeros que actualmente poseen a sus intelectuales, y se unirán su alma y su cuerpo en su inmortal espíritu³⁹.

Claro está que el encubierto del que habla Maeztu no es Franco sino Salazar, pero no hay duda de que los organizadores del viaje de Franco tomaron muy en consideración todas estas ideas.

Volviendo a Giménez Caballero, a su *Amor a Portugal*, y a la visita de Franco a Alcobça, añade líneas más abajo de las ya comentadas:

En Alcobaza duerme su sueño de Amor nuestra Doña Inés de Castro. Pero su sangre quedó por Coimbra, sobre unas piedras que, aun, enseñan, en la Quinta de las Lágrimas, donde fuera asesinada por tres portugueses que no querían la Alianza Peninsular. En el pueblo lusitano vive y vivirá siempre el drama de amor de España por los portugueses⁴⁰.

En suma, creo que puede concluirse esta sección señalando que Giménez Caballero, y los organizadores del viaje de Franco, intentaron una reinterpretación radical del mito político de Inés de Castro. Si el mito en sus orígenes tenía una dimensión anti-castellana/anti-española que servía para legitimar la dinastía nacional, portuguesa, de Avis, en esta lectura se busca que el mito no refleje el desvarío de un rey que abandona a su pueblo por un amor loco ni, por supuesto, las intrigas de una gallega/castellana/española para comprometer la independencia de Portugal, sino el amor especial y dramático entre dos naciones que han de permanecer eternamente unidas. Por las razones que mencioné

³⁹ Ibidem, p. 8.

⁴⁰ E. Giménez Caballero, *Amor a Portugal...*, p. 37.

al comienzo de esta sección, el intento de revisión del mito no era correspondido por la parte portuguesa, ni por un contexto en el que los dos Estados peninsulares ocupaban posiciones geopolíticas diferentes. De modo que la revisión del mito y su correlato de reescritura mitopoiética fracasaron. Y fracasaron al punto de que las relaciones entre los dos países fueron casi inexistentes hasta la entrada de ambos en la Unión Europea (entonces CE) en 1986.

En las líneas precedentes he mostrado que el mito político tiene dos funciones básicas: en los mitos de tipo fundacional, ésta es la de legitimación de un orden establecido; Por su parte, los mitos de tipo escatológico tiene como función la de facilitar la instauración de un orden político nuevo. Así, el mito de Inés de Castro aparece en una narración mitopoiética más amplia que busca reforzar la legitimidad de la casa de Avis⁴¹. Dado que el mito es de enorme fuerza y que su tema es uno de los universales humanos básicos, el amor, rápidamente se independizó del contexto de su creación y alimentó la literatura europea. Esta capacidad de apertura interpretativa de los mitos no siempre va dirigida en el sentido de su despolitización sino que la interpretación puede buscar transformar el sentido original del mito. En las dos lecturas españolas que he descrito, se busca precisamente alterar el sentido original, político, del mito de Inés de Castro. En el caso de Unamuno, Portugal, el país de la mitología política, es interpretado por medio de uno de sus mitos con el objetivo de analizar diversos momentos de su historia reciente. Una historia caracterizada por un conflicto en el que el tema dominante es el deseo de alcanzar algo imposible, y por lo tanto, algo que conduce con certeza a la tragedia. Por medio del mito de Inés de Castro, Unamuno se hace espectador de los naufragios de la monarquía constitucional y de la Iª República para acabar, enfrentado al Estado Novo, convertido en un crítico certero de la mitología nacionalista.

Es, justamente, esta mitología, la que exhuma Giménez Caballero, al vestir con ropajes míticos el viaje de Franco a Portugal en 1949. Sin embargo, la interpretación de los mitos políticos no lo admite todo y el intento de Giménez Caballero de hacer del mito de Inés de Castro emblema de la superficial Alianza Peninsular entre Salazar y Franco, fracasa por su propia incoherencia y, lo que no es menos grave, por su anacronismo.

⁴¹ M. Nozick, "The Inez de Castro Theme in European Literature", *Comparative Literature* 3/4 (Autumn 1951), pp. 330-341.